

# La verdadera música de las alturas

Almoraima González

Francisco Brines dijo en cierta ocasión, con magistral acierto, que el placer de la lectura poética es comparable al del amor físico. Con la diferencia fundamental de que éste va dirigido a la carne (que es siempre la misma y así lo percibe) y aquella a unos componentes suyos que existen aunque no se ven y son continuamente modificables: la sensibilidad y el conocimiento. La emoción en el acto físico del amor es por tanto idéntica a sí misma en cada una de sus realizaciones. No hay variedad, ni la queremos, viene a decir el poeta. En el acto poético el proceder es distinto: la grandeza de su emoción tiene que ver con la variedad. Nuestra percepción y goce del mundo varían en tanto hacemos nuevas relecturas, pues son otros cada vez el conocimiento y la sensibilidad. Sirvan, pues, sus propias palabras para encontrarnos nuevos ante los mismos versos.

Leer a Brines en *Yo descanso en la luz*, la selección que ha preparado Luis García Montero para la colección Palabra de honor, de Visor, podría ser como leerlo por vez primera. No será un impedimento en este sentido que sigan reverberando en nosotros sus versos más queridos –los que hicimos nuestros en aquella primera lectura del descubrimiento–, para que éste pueda ser un encuentro único y distinto de los anteriores. Algo así como reconocer al viejo amigo, que siempre cambia pero que sigue siendo él. Y es que los poemas de Brines guardan un precioso misterio capaz

---

Francisco Brines: *Yo descanso en la luz*. *Antología de Francisco Brines*. Ed. de Luis García Montero. Visor, Madrid, 2010.

de revelarse nuevo y radiante cada vez. Precisamente de la misma manera en que la vida y los temas más gastados encierran en su propia naturaleza enigmática un conocimiento nuevo que, al desvelársenos, nos acerca de un modo distinto al mensaje que guarda.

Sabemos que nuestro poeta habla desde sí mismo, como ya lo explicó él en el prólogo de su *Selección propia* (Cátedra, 1984), de los temas que han preocupado al hombre de todos los tiempos. Porque la existencia sólo puede intentar desentrañarse desde la experiencia propia (ya que hablamos de Poesía y no de Ciencia), y sólo desde la singularidad del yo se puede alcanzar una emoción de carácter colectivo, cuando se comparte con otras igualmente individuales. En Brines, poesía es vida y sólo desde ella consigue explicarse el mundo, cuando evoca una experiencia vivida desde la memoria y se encuentra con una verdad que ignoraba en el transcurso de ese episodio pasado. Ese suceso será sólo el impulso que lo hará trascender al sentir más general del propio poema. Por eso son el amor, la muerte, el dolor, el deseo, el erotismo, el paso del tiempo, los temas predilectos de la poesía brineana, porque son ellos la gran verdad del ser humano, del hombre de hoy y del de hace siglos. Sus poemas son los de alguien que acepta estoicamente las limitaciones de la existencia, lo precario del vivir y su deterioro implícito, para dignificar en consecuencia cada porción de vida; alguien que conoció pronto el engaño de la inmortalidad y que sabe que la vida es aquí y ahora, y además, es *todavía*:

*No existía la muerte; cuánto orgullo feliz [...]  
Pero una aguda piedra te hirió, nadie  
se culpa de dañar un fino pecho,  
y empezaste a pensar que una conquista  
tan sólo era tu vida: la vergüenza tuviste  
que vencer, y hacerte digno  
de ti. Siempre es indigna la mentira.*

Destaca García Montero, en las palabras previas que le dedica en el libro que nos ocupa, la importancia de la dignidad que subyace en la poesía del valenciano: dignidad porque asume que la existencia es frágil, que lo son el mundo y la condición humana,

sin autoengaños ni mentiras. Sólo alguien que acepta las cosas como son puede amar profundamente lo que tiene. Sin duda, ésta es una de las razones, entre otras que tienen que ver también con su postura moral y con su escuela estética, que hacen de Francisco Brines un poeta de corte clasicista, en la estela de una tradición que sintió al hombre como parte integrante del mundo. Y el resultado de su posicionamiento ético es esta poesía suya, fuente inagotable de vitalismo, una verdadera lección de vida para el lector, que, lejos de percibir rastro alguno de intenciones morales, la recibe como absolutamente genuina y verdadera.

A pesar de lo ya dicho, no está de más advertir que el personaje poético que habita en sus poemas, el que habla o del que se habla en *Yo descanso en la luz*, no es el yo que actúa. La poesía de Brines ha elegido el pasado para encarnarse, el recuerdo de la vivencia que lo impulsa a escribir para meditar en torno a esos temas esenciales o ya gastados que hemos mencionado. La recreación de un hecho histórico personal, desde la subjetividad inherente a los recuerdos, es el punto de partida desde el que una nueva realidad tomará forma. Una realidad que existía en potencia y que al hacerse poema queda libre de la experiencia del hombre.

Comparte este volumen con antologías anteriores muchas de las composiciones más emblemáticas del autor; piezas clave de su andadura poética que probablemente coincidirían con las que ustedes o yo misma como lectores escogeríamos sin dudarlo. Un repertorio muy significativo de su poesía, desde *La brasas* (1960) hasta *La última costa* (1995), incluyendo además cinco inéditos de un libro en marcha para cerrar el volumen. En este recorrido aparecen muchos de sus poemas memorables como «El balcón da al jardín. Las tapias bajas» —que abre el libro—, «Está en penumbra el cuarto, lo ha invadido», «Todos los rostros del pasado», «SS. Annunziata» o «El teléfono negro». Lo que quiero decir es que el antólogo ha sabido escoger con muy buena mano un itinerario completo y sobre todo, muy representativo. Porque ahí están los poemas de Elca (y con ellos toda su simbología de la infancia y del mundo), los de espacio clásico tan propiamente suyos, los del disfrute de la carne o los que encierran el mundo en una observación inicialmente humilde. Están casi todos. Aunque eché de menos

una debilidad personal, «Donde el amor se acaba», que a mi juicio encierra en tres estrofas la esencia del mundo que Brines ha moldeado con palabras.

Y están además, los cinco de un libro inédito. No me gustaría, por razones lógicas, extenderme sobre lo ya dicho de cada uno de sus libros (más de lo inevitable, quiero decir) pues escritas quedan las reflexiones de autores como Bousoño, José Andújar o José Olivio Jiménez. Hago parada entonces en la última sección, un pequeño grupo que es también a su vez una buena muestra del sentido global de su obra completa hasta ahora. Vuelven a golpear con fuerza en ellos los grandes símbolos brineanos, la finitud del mundo, la muerte, ese mecanismo suyo de conexión entre la naturaleza y el sentir del que escribe, la correspondencia casi absoluta de vida y carne. Vuelve incluso Luzbel.

Impresiona grandemente la energía renovada con que se abre la sección, un trastorno en la mañana que nos emplaza de nuevo a su mediterráneo, a ese espacio que trasciende el ámbito geográfico hasta hacerse «referente de una naturaleza y una cultura amparadoras, menos lastrada de prejuicios contra la intensidad vital o el placer, el retorno al Mediterráneo constituye un viaje de vuelta hacia la antigua sabiduría del vivir», en palabras de José Andujar. Una mañana que huele y que canta con tanta luz que pareciera que inaugura una vida. Un comienzo, desde luego, muy en la estela del tono de *La última costa*, donde su corazón de niño volvía a latir con fuerza (piensen, por ejemplo, en «El regreso del mundo»), heredero de la firmeza que derrocha el último libro y que se aparta del desamparo más propio de *El otoño de las rosas* (1986). Un Brines dispuesto a afirmar, ya en el siguiente poema (pág. 212) que «No he renunciado al mundo./ Y si la carne es Satanás/ le amo». Que no obstante su cuerpo vencido por la edad, es capaz de avivar el rescoldo y reafirmarse: «Es el ángel más bello,/ dueño de sí,/ pues supo renunciar a su Dios./ Su rebeldía/ la ejerce aún conmigo/ y yo con él».

Sabemos que el autor siempre tuvo presente la vejez, incluso cuando fuera un joven el que la vislumbrara en aquella imagen del visitante anciano que regresa a casa, con el corazón torpe y el cuerpo cansado. Pero su relación con ella todos estos años no disminuye el miedo cuando ya de verdad el final se intuye cercano.

No es ahora el poema la visión de un joven vigilante, sino el testimonio de un adulto que llega a sentirse abandonado por un Dios que no había necesitado nunca: «Yo soy ahora el perro, que aún no ha muerto, / y soy también el miedo de Cristo abandonado/ en el viejo olivar, / bajo los astros fríos». Estos versos de «Mis tres fauces», descarnadamente humanos, demuestran una vez más la intención poética de F. B., que nada tiene que ver con la superioridad del que escribe, sino con hablar de nosotros, de otro cualquiera, cuando habla de él. Por eso la emoción. Y por eso temblamos.

A la muerte de su madre dedica «Donde muere la muerte», poema estremecedor en dos momentos, una primera estrofa donde la muerte del ser querido es el punto oscuro de la nada en que «se acaba el aire que acariciaba el labio, / ahora que la ceniza, como un cielo llagado, / penetra en las costillas con silencio y dolor» y el protagonista –el estoico– besa con entereza su carne aún tibia; y una segunda donde vislumbramos al hijo vencido, que pide a la madre que le devuelva su beso. El libro se cierra con una suerte de poética, un poema genial, la verdadera música de las alturas, que nos invita a dejar las palabras gastadas, bien lavadas en el fondo del vaso quebrado del alma para que, si pueden, canten.

Ahora es el lector el nuevo dueño de estos poemas, el único autorizado a obrar con ellos según su voluntad. Así lo hemos aprendido del propio Francisco Brines y quizás por eso una se siente menos sola sabiendo que su poesía está cerca ©